

LA PRIMACÍA DE JESUCRISTO: CAMINO DE RENOVACIÓN DE NUESTRA VIDA RELIGIOSA

Introducción

El día 28 de agosto se presentó la edición española del libro del Papa Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*. Una reflexión personal, fruto del camino interior recorrido por el Papa durante su vida. El libro es ante todo una invitación a todo cristiano a reflexionar y a realizar la experiencia de Jesucristo en la propia vida.

Jesucristo es el centro de la vida y de la fe del cristiano, así como de nuestra vida religiosa. Cuando Jesucristo deja de ser el centro de nuestra historia personal nos convertimos en profesionales de las actividades que hacemos pero no en evangelizadores o en portadores de Buena Noticia. Cuando Dios no es nuestra **única primacía** podemos caer en la tentación a la que quería conducir el demonio a Jesús en el desierto: creer que por nuestras solas fuerzas podemos transformar las piedras en pan y sin embargo, lo que conseguimos es dar piedras en vez de pan (Cf. J. RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 58).

A Jesucristo se le conoce cuando se le sigue y se le sigue con libertad de hijos cuando hemos experimentado su profundo amor por nosotros. Precisamente es su amor el que nos impulsó a decir sí a su llamada, el que posibilitó en nosotros una respuesta generosa y confiada a su Palabra, *“no porque amáramos nosotros a Dios, sino porque él nos amó a nosotros y envió a su Hijo”* (1Jn 4,10). Desde la experiencia personal afirma el teólogo José Antonio Pagola: *“Con Jesús nos empezamos a encontrar cuando comenzamos a confiar en Dios como confiaba él, cuando creemos en el amor como creía él, cuando nos acercamos a los que sufren como él se acercaba, cuando defendemos la vida como él, cuando miramos a las personas como él las miraba, cuando nos enfrentamos a la vida y a la muerte con la esperanza con que él se enfrentó, cuando contagiamos la Buena Noticia que él contagiaba”* (JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*, Madrid 2007², 9). El seguimiento de Jesucristo es proseguir su obra, perseguir su causa y conseguir su plenitud (L. Boff).

El retiro pretende reflexionar en torno a Jesucristo y las implicaciones reales y concretas para nosotros y nuestras comunidades que se derivan de tenerle como el centro de nuestro hacer y de nuestro ser. Jesús es el foco donde convergen y se encuentran la realidad de Dios y la realidad del hombre. ¿Estamos dispuestos a rezar con la vida las palabras del salmo 62: “¡Oh Dios, tú eres mi Dios...!”?

1. La pregunta de Jesús

Hay un texto fundamental recogido por todos los evangelistas que nos introduce en el camino de Jesús y en la comprensión adecuada de nuestra vida cristiana y religiosa. Este texto se refiere a la pregunta de Jesús a sus discípulos, la respuesta de Pedro a la misma y las consecuencias de esa respuesta. Leemos en el Evangelio de Marcos:

“Jesús y sus discípulos salieron hacia las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: ‘¿Quién dice la gente que soy yo?’ Ellos le contestaron: ‘Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los profetas’. Y él les preguntó: ‘Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?’ Pedro tomó la palabra y le dijo: ‘Tú eres el Cristo’. El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirlos: El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días. Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: ¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios! Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,27-29).

Los expertos en marketing afirman que es esencial realizar buenas preguntas si se quiere obtener buenas respuestas que conduzcan a resultados positivos. Las malas preguntas, quejas, desalentadoras, negativas e incluso faltas de esperanza, traen como contrapartida malas respuestas. Por ello insisten en saber

orientar con precisión la pregunta si se quiere encontrar una buena respuesta que responda a las inquietudes personales. Pienso que nosotros debemos ser como los expertos en marketing para saber hacer las preguntas adecuadas que nos ayuden personal y comunitariamente.

Jesús es un hombre de preguntas y no porque en los evangelios tengamos muchos testimonios de ello, sino porque hace que la gente se interroge, se pregunte desde la propia vida por Él. Muchos vecinos de su pueblo y alrededores se preguntan por el decir y actuar novedoso de Jesús. Nicodemo, un fariseo, ve transformada su vida por Jesús, por lo que dice, cómo lo dice y porqué lo dice. Incluso los demonios se ven turbados e interrogados ante Jesús. Saben quién es Él (el Santo de Dios). Lo que cambia y renueva la vida de las personas es la vivencia de Dios que tiene Jesús. Es la vivencia del Hijo de Dios. Y precisamente en esta vivencia es en la que nos quiere introducir Jesús. La relación de Jesús con Dios se basa fundamentalmente en la obediencia, la fidelidad y la oración. Estos tres pilares de la relación de Jesús con Dios son fundamentales en la vida del religioso en su relación con Dios. Cuando fallan nuestra vida se desmorona perdiendo el norte y el sentido de nuestra consagración o nos pone en un camino de indiferencia frente a nosotros mismos y frente a los demás.

La vida de Jesús, sus actitudes, sus amistades, sus compromisos, todo en él se halla animado de tal manera por la realidad "*Dios*", que adquieren un estilo y originalidad que resultan sorprendentes para los que tratan con él: *¿quién es éste?*" (Lc 8,25). Es imposible comprender a Jesús y su mensaje sin conocer al Dios en el que creyó y del que se dejó penetrar hasta las últimas consecuencias. El nunca se enreda en "palabrerías" teológicas, ni en oraciones vacías de sentido (Mt 6,5-8). Jesús nunca se sirvió de teorías sobre "*Dios*" para adoctrinar a sus oyentes, sino que se refería a él en situaciones concretas, buscando siempre descubrir los signos de su presencia en el mundo. Desde la profunda experiencia de Dios como Padre, como centro de toda la realidad y de la vida del hombre en particular, Jesús anuncia el Reino de Dios que es la realidad y la experiencia del Dios Padre y amor que quiere reinar en todo hombre.

La pregunta ‘Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?, es una pregunta personal que apunta al centro de la existencia de aquel que quiere seguir a Jesús. Es la pregunta radical de nuestra fe. No es una pregunta más sino la pregunta por excelencia del cristiano y del consagrado. Preguntar quién es Jesucristo para mí, es poner en el centro de mi ser lo que soy y lo que vivo. Lo que soy para que Dios lo transforme y lo que vivo para que Él lo purifique. Dejar que Jesús me interrogue es hacerle partícipe de mi existencia (*“Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos”* –Ap. 3,20-). Significa afrontar de lleno y en serio mi realidad personal y espiritual. La pregunta de Jesús afecta enteramente al hombre.

Moltmann, un teólogo que ha vivido en sus carnes la experiencia del dolor y del sufrimiento durante la segunda guerra mundial en un campo de concentración se preguntaba: *“¿Quién es Jesús para mí? La respuesta a esta pregunta no es sólo una respuesta de razón, sino siempre también una respuesta de la vida. Confesar a Cristo y seguirlo son dos caras de la misma moneda: de la vida en comunión con Cristo”* (J. MOLTSMANN, *Cristo para nosotros hoy*, 9).

En un mundo donde resuenan tantas palabras vacías de contenido y de vida, donde abundan tantas preguntas que no afectan para nada a la existencia humana y donde se dan tantas respuestas que abocan a callejones sin salida, Jesucristo se nos da como la Palabra capaz de cambiar los derroteros y el horizonte de nuestro día a día. Jesucristo se sigue haciendo pregunta y respuesta para el hombre. Su persona interpela nuestra propia condición de religiosos para renovarla desde la raíz.

A lo largo de la historia han sido muchas las respuestas a esta pregunta de Jesús y por consiguiente muchas también han sido las posturas respecto a su persona. Una respuesta es desde fuera: *“¿qué dice la gente?”*. Desde diversos ámbitos del saber se ha querido escudriñar el significado que encierra Jesucristo. Es una respuesta de tipo histórico, literario, filosófico, erudito o intelectual. Este acercamiento a Jesucristo se realiza sin dejarse afectar por su

Persona y por su Palabra. El otro acercamiento es desde dentro: “¿qué decís vosotros?”. Es una toma de postura que se realiza por aquellos que le conocen, que saben han entrado en un encuentro verdadero con Él, que tienen experiencia de su verdadera identidad.

El papa Benedicto XVI en su libro Jesús de Nazaret al comentar este relato afirma lo siguiente: “*Esta doble pregunta sobre la opinión de la gente y la convicción de los discípulos presupone que existe, por un lado, un conocimiento exterior de Jesús que no es necesariamente equivocado aunque resulta insuficiente, y por otro lado, frente a él, un conocimiento más profundo vinculado al discipulado, al acompañar en el camino, y que sólo puede crecer en él*” (J. RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 341-342).

Todos sabemos, por propia experiencia, que hay respuestas que tranquilizan nuestra conciencia, pero que no acallan esa ansia y esa inquietud existencial de nuestro corazón. San Agustín lo expresaba magníficamente en las Confesiones: “*Por que nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*” (I,1,1). Las cosas que proporciona un mundo material e intelectual no dan respuesta a la necesidad más profunda y radical que anida en todo hombre. Ese deseo de infinito que todos llevamos dentro no es apagado por lo finito o limitado de nuestro mundo. Los sinsentidos de nuestra sociedad, las contradicciones que vive nuestro mundo, los refugios que muchos hombres toman para sus vidas en la droga, en el alcohol, en la búsqueda insensible de placer, muestran visiblemente la sed de infinito que existe en todo hombre. Una sed que sólo un amor infinito capaz de entrar en nuestra finitud (de hacerse hombre como yo) es capaz de calmar y de dar la respuesta. La respuesta de la que tenemos necesidad es Jesucristo. Una respuesta infinita que se hace aceptable y accesible para mí. Una respuesta que si no existiese la tendríamos que inventar.

2. La pregunta por Jesús

La pregunta *de* Jesús a sus discípulos nos conduce a la pregunta *por* Jesús. La vida de Jesús, sus palabras y sus obras, tienen como prioridad conducir al hombre a preguntarse por Él. El hombre ante Jesús se interroga sobre quién es éste que habla de

una manera especial (con autoridad), quién es éste que realiza estos signos, quién es éste que inicia un camino nuevo hasta entonces desconocido, quién es éste capaz de transformar la vida de los que le rodean, de los que le escuchan, de aquellos que se acercan a su vida. Su persona y su vida son como un boomerang. Su pregunta se hace pregunta en nosotros. Rebota en nuestras vidas comprometiendo toda la existencia. Sus interrogantes introducen al hombre en sí mismo para preguntarse por el porqué de ese hablar y de ese actuar tan propio y particular.

El camino del hombre comienza en Jesús, en su interrogación directa y radical a cada uno de nosotros que nos lleva a nuestro corazón (interioridad) para finalmente conducirnos de nuevo a Jesús (vivir en fidelidad a su proyecto). Un camino que comienza en Jesucristo, pasa por nosotros y aboca en Jesucristo. Una vida religiosa que no tenga en su centro a Jesucristo, que no se pregunte cuál es su voluntad y hacia donde debe encaminar sus pasos, es una comunidad desgajada de la vid. Una comunidad que poco a poco se seca como el sarmiento podado.

La pregunta por Jesús de todo religioso y de toda comunidad es la que les mantiene vivos. De este modo se manifiesta la vitalidad y la búsqueda inherente del rostro de Dios por parte de la comunidad. Preguntarse por Jesús es buscar la voluntad de Dios para la comunidad. Discernir comunitariamente lo que es mejor para ella y para sus miembros. ¿Cuáles son algunas de las manifestaciones que se derivan de preguntarse por Cristo? (todas estas dimensiones nacen de poner los ojos en Cristo, de tenerle como el centro de nuestra vida):

1ª. **Una llamada a la interioridad.** Una búsqueda del Dios que habita en nosotros. La interioridad implica entrar en nosotros mismos para buscar a Dios, sabiendo que en esa búsqueda también nos descubrimos a nosotros mismos. Es un diálogo entre Dios y el hombre. El hombre ante Dios y éste siempre presente en el hombre. Un diálogo que nos abre al otro: *“En el hombre interior existe, junto con la verdad, también la misteriosa capacidad de amar, que, como un peso -ésta es la célebre metáfora agustiniana- lo lleva fuera de sí mismo hacia los otros, y sobre todo hacia el Otro*

por excelencia, es decir, Dios” (JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Augustinum Hipponensem*, 28 de agosto de 1986). Cuando nos acercamos a Dios renovamos nuestra opción de seguir a Jesucristo. Cristo es la última explicación de nuestras vidas y de la vida de la comunidad.

2ª. Actitud constructiva frente a los hermanos y la comunidad. La pregunta por Jesús nos impele a vivir como Jesús vivió. Esto significa una apuesta decidida por acercarse a Dios y al hombre. Si recordamos la historia del profeta Jonás, al recibir la llamada de Dios para anunciar a la ciudad de Nínive la conversión, huye de Dios: *“Se levantó Jonás para huir a Tarsis, lejos del Señor”* (Jon 1, 3). Esta huida de Dios trae repercusiones para los demás hombres: primero aquellos que le llevan en el barco y segundo para los habitantes de Nínive a los que Dios les ofrece una nueva oportunidad de cambiar la vida. Huir de Dios es huir del hombre. Huir del hombre es huir de Dios. Cuando no escuchamos la Palabra de Dios y, por lo tanto, no la ponemos en práctica, es decir, cuando no somos testigos de Dios, ponemos en peligro a los demás. Una actitud de cercanía, comprensión y acogida de nuestros hermanos es lo que construye positivamente una comunidad.

Cuando sólo miramos lo negativo en los demás, cuando apuntamos con el dedo continuamente al que tenemos al lado, cuando colgamos sambenitos en las espaldas de algún miembro de una comunidad, es muy difícil acoger al hermano como hermano y fomentar unas relaciones auténticamente humanas y fraternas. Las actitudes del sacerdote y del levita en la parábola del buen samaritano muestran la huida del hombre para no comprometerse, ayudar, dar esperanza y vida al que está herido. También en nuestras comunidades suele haber heridos por el cansancio, la apatía, la rutina, la amargura, la angustia, la desilusión, el sinsentido, etc., a los que debemos acercarnos y curar sus heridas.

3ª. Una mirada confiada y esperanzada en el futuro. Si nosotros no confiamos en el futuro, ¿quién lo va a hacer? Estamos llamados a ser testigos de confianza y esperanza para los hombres de hoy y para nuestros hermanos de comunidad. Sabemos de las dificultades actuales que vivimos los religiosos. También

conocemos los retos y las apuestas que tenemos por delante. Ambas realidades no nos pueden sumir en el pesimismo ni en la indiferencia. La vida religiosa es ante todo vida de esperanza porque el Espíritu la sostiene y la alimenta con su continua presencia. A pesar de nuestras muchas infidelidades y abandonos, Dios sigue creyendo en nosotros. La pregunta es si nosotros creemos en Él, como Él cree en nosotros. Nos quejamos de que van mal las cosas, de que no hay futuro. Mientras exista un religioso con ganas de vivir con humildad y fidelidad su consagración, en medio de nuestro barro, la vida religiosa tendrá futuro. Esto es lo que nos pide el Señor: vivir con autenticidad nuestra vocación: *"Os exhorto, pues, a que viváis según la vocación a la que habéis sido llamados"* (Ef 4, 1). Los primeros cristianos eran un grupo bien reducido de personas. Sin embargo, ellos fueron capaces de transformar toda una sociedad gracias a su convicción, fe y esperanza fundamentada en Cristo. Pocos pero convencidos. Pocos pero centrados en Cristo y *"lo demás se nos dará por añadidura"* (Mt 6,33).

3. La respuesta de Pedro es la respuesta de la vida religiosa

La respuesta de Pedro en nombre de los Doce: *"Tú eres el Cristo"* se aleja radicalmente del pensar de la gente. Confesión que implica seguimiento. Esto significa que Dios puede cambiar las cosas y nuestra vida si nosotros le dejamos, es decir, si tenemos fe en Él y apostamos por una seria conversión.

La respuesta de Pedro nace de un compartir la vida y la misión con Cristo. Aquí encontramos los parámetros para confesar nuestra fe en comunidad en donde la hacemos viva, actual y dinámica. La comunidad formada por piedras vivas que somos cada uno de nosotros, la alimentamos y la construimos desde la vida-fe y desde la misión-trabajo. *"La profesión religiosa es expresión del don de sí mismo a Dios y a la Iglesia, pero de un don vivido en la comunidad de una familia religiosa. El religioso no es sólo un "llamado" con una vocación individual, sino que es uno "convocado", un llamado junto con otros, con los cuales "comparte" la existencia cotidiana"* (Vida fraterna en comunidad, 44).

Estas dos realidades deben permanecer unidas para ser testimonio claro de una vida anclada en Dios. Nuestra vida religiosa debe hacer suya la confesión de Pedro como respuesta a las exigencias de Dios en nuestro mundo. ¿Cuál es el camino que nos conduce a ser testigos de comunidad, de vida y trabajo? ¿Cómo podemos afianzar nuestra fe y nuestra misión en Cristo y que irradie la novedad evangélica a los hombres y mujeres de hoy? Hay dos dimensiones fundamentales que nos ayudan a responder desde Cristo en comunidad a nuestro mundo:

a) **Compartir la vida y la fe en comunidad.** Uno de los elementos básicos que encontramos en los textos evangélicos es cómo Jesús reúne a sus discípulos, a su pequeña comunidad, en intimidad para crecer en la fe, para compartir a Dios, para alimentarse humana y espiritualmente. El grupo de los Doce se convierte en modelo comunitario. De él aprendemos a colocar a Jesucristo el centro de la comunidad. Esa comunidad estaba formada por personas muy distintas, limitadas e imperfectas, pero que guiadas por Jesús, van superando poco a poco sus ambiciones, sus fallos de todo tipo hasta ir logrando una actitud evangélica de perdón, acogida y servicio.

“Los Doce aprendieron de Jesús el fundamento de la fraternidad que él colocó en el amor que Dios tiene a cada persona. Cuando se le dirige la pregunta sobre cuál de los mandamientos es el primero de todos, Cristo responde que es el de amar a Dios con todo el corazón y todas las fuerzas, y añade: “el segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas” (Mt 22,36-40). El amor al hermano es la respuesta al amor de Dios”. El amor a Dios ilumina y purifica la fraternidad. Esta, por su parte, es la manifestación comunitaria de ese amor y el criterio para discernir su autenticidad” (CAMILO MACCISE, Cristo centro de la vida fraterna en comunidad, 2).

Compartir la vida y la fe es una de las realidades que más nos cuesta vivir en comunidad. Todos sabemos que no es fácil apostar por ella en la práctica, aunque por dentro la deseemos. Pero todos sabemos que este compartir es necesario en nuestras vidas y en nuestras comunidades. Sin él acabamos convirtiéndonos en extraños para el otro, al que no conocemos y a quien finalmente no

amamos porque no nos afecta. Las comunidades se quedan en frías estructuras que nos acogen y protegen, pero no en espacios de fraternidad.

Compartir la vida nos lleva a preocuparnos por el otro. La vida de uno es vida de los otros. Ante las vivencias de cada uno, los demás se sienten interesados y comprometidos, porque la vida del otro es la vida propia. Por lo tanto, toda actitud de indiferencia, pasividad o apatía frente al otro no tiene cabida. Cuando la vida comunitaria es fuerte, nosotros somos fortalecidos. Cuando esta se debilita o flaquea la propia vida personal flojea en aspectos fundamentales. Afirma el hermano Basilio Rueda, una autoridad en vida religiosa: *“Tengo la firme convicción de que, entre los que dejan la vida religiosa, hay no pocos que, teniendo verdadera vocación, se retiran por causas cuyo principio habría que buscar en la pobre y a veces negativa vida comunitaria que les cupo en suerte, o en la índole de las relaciones humanas mantenidas con los miembros del propio instituto, relaciones más o menos indiferentes, frías o incluso problemáticas”* (Proyecto comunitario).

Por ello habrá siempre una lucha constante en nuestra vida contra el egoísmo y el individualismo que destruyen la armonía en la comunidad. Cuando cada uno se pone en el centro y se afirma a sí mismo es muy difícil construir algo de forma comunitaria. Y tenemos que tener claro que no es lo mismo un conglomerado de magníficos apóstoles que una comunidad apostólica (Simon Decloux, SJ). El sujeto de la misión y el agente misionero es la comunidad, mucho más que el individuo aislado. Cada vez somos más conscientes de que el elemento fraterno y comunitario pertenecen a la esencia de la vida consagrada. La vida en comunidad es un factor de credibilidad del mensaje sobre el Dios del amor: es signo e instrumento de comunión. La vida comunitaria está en el comienzo y en el fin de toda misión (evangelización).

b) **Compartir la misión y el trabajo:** La misión y el trabajo nacen de nuestro compromiso por el Reino. Un compromiso no abstracto sino real de comunicar a través de nuestras acciones lo que somos y lo que vivimos. La transparencia en nuestras vidas de la vivencia del Reino desde la comunidad y en comunidad es el

mayor signo que podemos ofrecer a nuestro mundo. La fecundidad de la misión pasa directamente por la comunidad, por la calidad de las relaciones fraternas: *"Toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común. Más aún, toda la renovación actual de la Iglesia y de la misma vida religiosa se caracteriza por una búsqueda de comunión y de comunidad"* (JUAN PABLO II, *A la Plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica*, 20 de noviembre de 1992).

En un mundo lacerado por el individualismo, la competencia sin escrúpulos, el abuso sobre los demás, la vida religiosa agustiniana es un grito a favor de todo hombre desde Cristo. Es una apuesta por el Reino vivido en comunidad. Una opción clara y decidida de que la persona está por encima de todo desprecio y humillación humanos. Compartir el trabajo y la misión significa poner por encima de todo a Cristo (el primer enviado) que se preocupa, desde la corresponsabilidad, por el otro: lo que es y lo que hace. Esta delicadeza y sensibilidad para con el otro nos aproxima a Dios y al hermano creando unas relaciones armoniosas y enriquecedoras tanto humana como espiritualmente: *"No podemos olvidar que, si la misión es conseguir la plena reconciliación del hombre con Dios, entre los hombres y con la creación entera, cuando se vitaliza la comunión de hermanos, se está ya cumpliendo la misión. Por otra parte, sería absurdo pretender construir comunión fuera y procurar la desunión dentro. Sólo desde la comunión se puede construir comunión"* (EDUARDO PERALES PONS, *Vivir el don de la comunidad*, 52).

4. Confesar a Jesús como el Cristo nos conduce a la Pasión, Muerte y Resurrección

La confesión de Pedro va acompañada inmediatamente en las palabras de Jesús por su propia vida y el destino de la misma: *"El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días. Se lo explicaba con toda claridad"* (Mc 8, 31). No resulta fácil admitir que el camino del cristiano es un camino de subida, de ascenso en el que se pone en juego nuestra vida,

donde se aquilatan nuestras convicciones más fuertes, donde la fe se pone en el centro del existir.

Jesús expone con claridad que quien quiera seguirle debe estar dispuesto a realizar el mismo trayecto que Él. Es la vía de la pasión y la muerte que conducen a la resurrección. A veces nos resulta más fácil no querer entender esto o preferimos obviarlo. También Pedro se rebeló contra el mismo camino de Jesús: *“Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: ¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!”* (Mc 8, 32-33). No querer afrontar esta realidad es renunciar a aceptar nuestro ser hombre y el pecado que habita en él. El hombre no quiere escuchar la verdad, la justicia y el amor. Cuando alguien alza su voz en su favor suele acabar en la cruz. La pasión de Cristo es ante todo el amor apasionado, llevado hasta el extremo, hasta dar la vida por el hombre.

Sólo hay un Dios al que servir y al que seguir. Seguir por tanto a Cristo es asumir su cruz. Nos dice Jesús: *“Acordaos de aquello que os dije yo: que un siervo no es más que su amo; si a mí me han perseguido, lo mismo harán con vosotros”* (Jn 15,20). Todo aquel que sigue a Jesús debe estar dispuesto a cargar con su cruz. La cruz encierra la paradoja de la vida cristiana: es el signo de la muerte (muerte del Hijo de Dios) y el camino de la vida (camino hacia la vida de Dios). Pero también muestra lo inhumano del hombre, su orientación clara por los reinos de este mundo. El hombre no quiere que nadie arrebatase su aparente e ilusorio poder que crucifica a tantos hombres. En ese grito de los hombres y mujeres del tiempo de Jesús: *“¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”*, encontramos la postración y el homenaje del hombre ante toda tentación. Ese grito desgarrador es la afirmación del hombre por encima de Dios: nos preferimos a nosotros antes que a Dios. Esa condena a muerte por parte del hombre del mismo Dios confirma el rechazo al reino del amor, de la paz, la justicia, al reinado de Dios en nuestro mundo y en nuestros corazones.

La vida religiosa sin pasión se torna pobre. Sino está dispuesta a asumir el sufrimiento y la cruz no será capaz de nacer de nuevo a la vida. Las personas de nuestro mundo se narcotizan

para no sentir el dolor robándose de esta forma la sensibilidad. También esto nos puede ocurrir a nosotros. El miedo ante la pasión nos paraliza de tal forma que nos insensibilizamos ante Dios y ante los hombres. *“Las personas que sufren sienten el dolor porque aman la vida, y están vivos porque afirman la vida. Cuando uno ya no ama la vida de los demás ni la suya propia, se torna apático... La vida y la muerte le resultan indiferentes”* (J. MOLTSMANN, *Cristo para nosotros hoy*, 43).

Quien escucha el mensaje del Crucificado escucha la llamada al seguimiento. Y quien comienza a seguir a Jesús debe estar dispuesto a llevar su cruz: *“El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga”* (Mc 8, 34). Asumir la cruz de Cristo es luchar a favor de la vida frente a la muerte. Un cristianismo y una vida religiosa que no tome en serio el seguimiento, que hace del evangelio un consuelo barato de la fe, para el cual la existencia natural y la cristiana se entremezclan sin distinción, entiende la cruz desde el miedo. La cruz es con-sufrir con Cristo. La vinculación a Cristo, tal como se da en el seguimiento, se encuentra seriamente bajo la cruz. La cruz manifiesta la comunión con Cristo, al igual que Jesús llevando su cruz conservó su comunión con el Padre.

Una vida religiosa capaz de afrontar su cruz y llevarla en fidelidad y comunión a Cristo es capaz de morir a su propio yo, para que nazca Dios. Sólo crucificando lo que nos esclaviza podremos resucitar a vida nueva. Una crucifixión que se realiza por amor a Aquel en quien creo y por quien vivo, Cristo y, por aquellos que me rodean: mis hermanos. Desde este amor busco una nueva vitalidad para mi vida personal y comunitaria.

5. La auténtica naturaleza de la vida religiosa es encarnar a Cristo

Si recorremos la historia de la salvación, que es nuestra propia historia, observamos cómo desde el principio Dios envía a personas (Abrahán, Moisés) que conducen a su pequeño pueblo a nuevas tierras. Cuando la relación del hombre con Dios se enfría, éste en vez de abandonar a su pueblo a su suerte le ofrece nuevas oportunidades y posibilidades de salvación. Así ocurre también con

los profetas, testigos del Dios vivo, que anuncian sin cansancio la Palabra de Dios siempre nueva a un pueblo que deja de lado la Alianza de amor sellada con él. Un pueblo que camina en medio de las infidelidades y los reencuentros, de las idas y venidas hacia Dios y hacia los ídolos.

La protohistoria de salvación toma un nuevo giro, último y definitivo, con la encarnación de Jesucristo. Ahora es el mismo Dios el que entra en la historia, el que se da y se comunica al hombre. Anuncia el Reino de Dios con su palabra y con su vida y llama al hombre a decidirse: *“El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama”* (Lc 11,23). El mensaje de Jesús está cargado de gracia y amor, pero es acontecimiento crítico y supone riesgo: exige del hombre una respuesta.

Podemos preguntarnos: ¿Qué ha traído Jesús a nuestro mundo, a la humanidad? Ha traído a Dios. *“Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco”* (J. RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, 70). Jesús realmente ha vencido en su lucha contra todo poder de este mundo, por poner a Dios por encima de todo lo aparente, lo práctico, lo utilitario de este mundo. Dios reinó en Jesús por encima de cualquier otra cosa. La respuesta de Jesucristo fue siempre Dios.

La vida religiosa se presenta de nuevo como grito de Dios en medio del vacío existencial, de la pérdida de sentido vital y del abandono de Dios por parte del hombre. Existimos como personas por voluntad de Dios. Nosotros, por su gracia, hemos sido llamados a seguir más de cerca a Cristo. Un seguimiento que tiene como centro a la persona de Jesucristo. Jesucristo llama, en primer lugar, a una comunión de vida con Él (elige para *“estar con él”* –Mc 3,14-). Nuestra naturaleza como religiosos agustinos es encarnar a Cristo. Cristo se hace hombre para conducir a éste a la comunión con Dios. La vida religiosa hace presente a Cristo cuando vive esa comunión y la extiende en el día a día.

Por tanto, urge una continua y viva referencia al Maestro, haciendo vida las actitudes que él vivió y como él las encarnó. Tal vez pasamos demasiado tiempo analizando y estudiando los contenidos de su mensaje, o quizás nos detenemos dubitantes ante las exigencias de su amor o buscamos desesperadamente la eficacia y los frutos de nuestra acción pastoral sin prestar demasiada atención al que es la fuente perenne de la vida, de donde brota la vitalidad y el sentido de todo: Jesús.

6. Conclusión

La primacía de Cristo: camino de renovación de la vida religiosa

Decía el cardenal Pironio en referencia a la renovación de la vida religiosa por la que tanto luchó durante su vida: *“La renovación de la vida religiosa -esperada por los hombres, impulsada por la Iglesia y exigida por el Espíritu- se realiza siempre en la novedad pascual de la inserción progresiva en la muerte y resurrección del Señor (Rom 6, 4). Supone un continuo proceso de conversión. Exige vivir a fondo la cruz y la contemplación, estar atentos a las llamadas cotidianamente nuevas del Señor y ser generosamente fieles a su Palabra, formar comunidades orantes, fraternas y misioneras, servir a los hombres y compartir sus sufrimientos, expresar al Señor en la sencillez y la alegría, gritar a todo el mundo la esperanza”* (E. PIRONIO, *La renovación de la vida religiosa y esperanza de y en la juventud*, 297).

Como religiosos se nos pide ir a la raíz de los problemas centrales, denunciando las arbitrariedades, las demasiadas prisas, la lentitud, la tristeza y el pesimismo, la desidentificación con el carisma y la misión, la falta de conversión y de esperanza. Pero al mismo tiempo estamos llamados a la santidad y a seguir a Jesús con radicalismo evangélico en pobreza, castidad y obediencia, a vivir el misterio de la Eucaristía, a dar testimonio de una vida profunda y totalmente consagrada como anuncio del Reino, a acoger y secundar las urgencias misioneras de la Iglesia. Desde aquí podremos lograr un estilo de vida nuevo, el adecuado para ser testigos y profetas en el mundo contemporáneo.

Algunas conclusiones:

1ª. La primacía real de Cristo en nuestras vidas es la que puede renovar nuestra vida personal y comunitaria: *“Una auténtica renovación de la vida religiosa sólo puede darse tratando de llevar una existencia plenamente evangélica, sin anteponer nada al único Amor, sino encontrando en Cristo y en su palabra la esencia más profunda de todo carisma del fundador o de la fundadora”* (Carta de su Santidad Benedicto XVI con ocasión de la plenaria de la congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, 27 de septiembre de 2005). En muchas ocasiones pensamos que la renovación de la vida religiosa, de nuestras comunidades e incluso de nuestra propia vida personal, vendrá de una adaptación a la mentalidad o a las culturas dominantes en nuestra sociedad y corremos el peligro de olvidar los valores auténticamente evangélicos. Tales mentalidades y culturas nos desorientan de aquello que es lo fundamental y lo fundante en nuestras vidas: Cristo. Una renovación auténtica sólo puede venir de una vida evangélica auténtica.

Cuando rezamos el Padrenuestro, las tres primeras peticiones se refieren precisamente a la primacía de Dios: *“Santificado sea tu Nombre”*, es decir, el Nombre de Dios por encima de cualquier nombre. Podemos decir que nuestro nombre es realmente nombre en el Nombre de Dios. Pronunciar el Nombre de Dios es escuchar su voz, su Palabra en mi vida. Cuando rezamos *“venga a nosotros tu reino”* decimos que donde él no está, nada puede ser bueno. Finalmente, *“hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”*: donde se hace la voluntad de Dios es ya el cielo, comienza en la tierra algo del cielo, y donde se hace la voluntad de Dios, está presente el reino de Dios.

2ª. Sólo teniendo a Cristo en el centro de nuestro vivir se puede respetar y amar al hombre. Sólo viviendo y aceptando el primado de Jesucristo en nuestras vidas estamos en disposición de atender y servir a las auténticas necesidades de los hombres de hoy. Si Cristo no es el centro de nuestra vida acaban siéndolo infinidad de cosas, que son importantes y necesarias, pero que no son lo más importante en nuestra vida o al menos aquello que Dios

nos pide. Seguro que nos suenan estas palabras de Jesús: *“Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas: solo una es necesaria”* (Lc 10,41). Como religiosos tenemos entre manos muchas cosas que llevar adelante, pero la responsabilidad fundamental es una vida enraizada en Jesucristo de quien todo lo que hagamos obtendrá un sentido religioso.

3ª. ¿Qué significa que Cristo prime en nuestras vidas?
¿Qué significa que Dios sea el centro de nuestro hacer y de nuestro ser, de nuestras acciones y de nuestras decisiones y de nuestro discernimiento? Programar la vida religiosa en base a lo práctico, a lo inmediato o a lo útil, significa relegar el aspecto fundamental de nuestra vida, que es Dios mismo, a un segundo plano. Nuestra vida se convierte en simple vida, pero no en vida religiosa. Una vida que se paganiza con nuevos ídolos que destruyen al Dios vivo de nuestras vidas: el individualismo, el trabajo, las responsabilidades, etc.

La fidelidad a Dios y el cumplimiento de su Palabra están por encima de toda la multitud de cosas que llevamos a cabo diariamente. Si se invierte la jerarquía de bienes en la vida dando primacía a lo que es secundario y olvidando lo que es precisamente lo importante se produce un desajuste radical en nuestro ser. Un desajuste que no sólo afecta a nosotros mismos sino a nuestra relación con los demás.